

SONORA ANTOLOGÍA DE SOL Y EDADES

Presentación en concierto, Ateneo de Madrid, sábado 13 de febrero de 2010 a las 19'00h.

Con la presencia de Luis Alberto de Cuenca, Diego Valverde Villena, Josué Bonnín de Góngora al piano y el autor de:

SONORA ANTOLOGÍA DE SOL Y EDADES
de Ilia Galán, Madrid, Calambur, 2009

Nuevo intento de unión entre música y poesía, en este caso la música neorromántica de Josué Bonnín de Góngora, y una antología de los libros publicados por el poeta transgótico, Ilia Galán. El libro incluye el disco donde la poesía es recitada con melodiosas y agradables notas que han interpretado ese mundo espiritual de modo muy logrado.

“En esta *Sonora antología de Sol y edades*, enriquecida por la música de ese gran pianista y compositor que es Josué Bonnín de Góngora, Galán hace balance de su poesía astral y boscosa, de una poesía emparentada con la de maestros como Coleridge o como Hölderlin, que ardieron en la hoguera de la Otra Realidad y escribieron sus versos al dictado de ese fuego. El resultado no puede ser más satisfactorio.” Luis Alberto de Cuenca.

“Parece salido de un cuadro de Caspar David Friedrich, pero no pertenece a ningún tiempo ni a ningún lugar. Ha recorrido un largo camino, y le espera uno aún más largo. Lo que tienes en tus manos, lector, es la bitácora de su singladura en busca de sí mismo. Una bitácora especial, en la que confluyen a la vez todas las edades del hombre y todas las posiciones del sol, en tumultuoso kaleidoscopio.” Diego Valverde Villena

Ilia Galán, (Miranda de Ebro, Burgos, 1966) es Profesor Titular de Estética y Teoría del Arte en la Universidad Carlos III de Madrid, y ha sido profesor invitado en las universidades de Oxford, La Sorbona y Perugia. Columnista habitual en diversos periódicos, como *El País*, *Diario de Burgos*, *Palentino*, *Diario de Ávila*, *Diario de Noticias*, etc., tiene, entre sus últimos libros publicados, ensayos como: *Teorías del Arte para el siglo XXI*, 2005; novelas como: *Todo*, en Calambur, 2004; y los poemarios: *Tempestad, amanece*. 1991, *Arderá el hielo*, Calambur, 2002 y *Amanece*, Calambur, 2005. Sus obras han sido también editadas en francés, alemán e italiano.

XXIX

RECUERDO

Una pluma
ha caído
pero arriba
yace un águila.

VIII

Madrid, un hospital clavado en el 18 de marzo de 1999

Leo letras de sangre brillante escritas en el dolor.
Escancio mi vaso con vino nuevo.
Y celebro la vida que se me posa sobre la garra abierta.
Recién nacida de la noche, un mediodía:
Estrella que derrama larga la felicidad después de una agonía ya lejana, ave del sol.

De Arderá el hielo

Y el recuerdo sigue agarrándose
a la mente con garfios de plata
por los huecos que dejan entre sí las noches
heladas que se guarecen
escondidas entre las grandes montañas,

y trepa, salamanquesa por sus muros,
hasta colgarse de mi techo,
con un golpear el tiempo al ritmo
del reloj que tocan las campanas negras
de un cercano convento que ora
solitario de inviernos contra la historia,

el mismo espacio sonoro, morado y bronce,

que el horizonte engulló, con el sol;
la cruz oscura en lo alto de la iglesia
esperando con los adioses colgándole
la resurrección del astro rey en que brillará
su metal de cadalso sin más sangre
que la que gotea lenta del símbolo
sobre las almas piadosas al entonar
una melodía ancestral seca de lágrimas y pecados,

y dulce de esperanzas, porque el paraíso
se deja ver a veces en los huecos dejados por la noche
para que fluyan los cometas.

De Arderá el hielo

V

Praga, 5 de diciembre de 1998

Cuando la torre, después de siglos de sudor,
se congeló petrificando sus tejados hacia el cielo:
cuchillos cónicos y simétricos
en su arte cortaron el paso
a los dioses, para hacerles derramar,
el vientre abierto,
la sangre dorada de sus misterios
sobre nosotros,
-al fondo suenan las campanas del inicio de la noche-
y amanecieron las estrellas de mi tiniebla,
y la oscuridad, el vacío, se pobló de ojos,
con los que pude mirar al sol
del mañana que me brotaría,
más allá
de las nubes,
de los ríos helados,
de los bosques nevados con astros,
entre las tejas hirvientes de color
del nuevo tiempo en el que un pájaro
invernal rompió a cantar
su primavera para todos.

EPÍLOGO

LAS VISIONES DE ILIA GALÁN

Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CSIC)

Yo no sé si él lo sabe, pero Ilia Galán es un visionario, o sea, un hombre cuya mirada sobre el mundo tiene algo de telúrico, de misterioso, de quimérico, de mítico, incluso de profético. En la estela de William Blake, nuestro amigo Ilia teje sus cantos inocentes y prístinos en diálogo continuo con la naturaleza, que le ofrece la magia de sus cuatro elementos para que él los combine en sus poemas, atravesados de revelaciones y transverberados de sueños. Ilia Galán es un romántico del siglo XXI. Quiero decir con ello que no necesita ponerse un levitón y un sombrero de copa para dar fe de su romanticismo, que es profundo y sincero y militante. Porque romanticismo y clasicismo no son marbetes cronológicos, sino formas de exteriorizar una determinada *Weltanschauung*.

En esta *Sonora antología de Sol y edades*, enriquecida por la música de ese gran pianista y compositor que es Josué Bonnín de Góngora, Galán hace balance de su poesía astral y boscosa, de una poesía emparentada con la de maestros como Coleridge o como Hölderlin, que ardieron en la hoguera de la Otra Realidad y escribieron sus versos al dictado de ese fuego. El resultado no puede ser más satisfactorio. La mezcla de poesía y música o, mejor dicho, el reencuentro de dos disciplinas creativas que nacieron juntas y crecieron por separado sin perder nunca la conciencia de su unión primigenia, alimenta las llamas de los versos de Ilia con los acordes de Josué, y viceversa. Todo tiende a dar cumplimiento a la vieja aspiración romántica del arte totalizador, aquel que suma y funde en un mismo crisol los metales preciosos de la palabra y del sonido, como ocurría, por ejemplo, con los *Lieder* de Goethe musicados por Schubert.

Ilia Galán conoce el secreto de la belleza porque se ha asomado al abismo y ha interrogado el horizonte. Ganar la gracia es peligroso, y el destino de Ícaro nos amenaza a todos. Celebro haberme remontado con él, en el dirigible de sus versos, al cielo siempre azul de sus visiones líricas desde estas breves líneas de comunión con su aventura y de cariño verdadero.

PRÓLOGO

Hay un hombre en medio de la nieve. Está solo. Parece salido de un cuadro de Caspar David Friedrich, pero no pertenece a ningún tiempo ni a ningún lugar. Ha recorrido un largo camino, y le espera uno aún más largo. Habla las lenguas del viaje, como buen peregrino; pero no siempre es comprendido, porque su verdadera lengua es la poesía.

Ese hombre es un buscador y se llama Ilia Galán.

Ilia busca el sentido de las cosas. Quiere desentrañar las claves del mundo y de la vida. Y para ello son dos las brújulas que guían sus pasos: la palabra y el pensamiento. Filósofo y poeta, pertenece a la vez a las dos estirpes que guardan la morada del lenguaje, en palabras de Heidegger. Desde ambos lados busca las fuentes del conocimiento que están escondidas pero a la vista, esperando la mirada que las encuentre.

Ese camino –el de la verdad, el de la vida- es un camino solitario por el que sólo se adentran los muy valientes. Los que son capaces de escuchar el silencio, de oír la voz interior. Los que le sostienen la mirada a la vida.

Es un camino peligroso, como el Puente de la Espada. La locura y la desesperación son los abismos que acechan a ese estrecho y acerado filo. Hölderlin y Blake han mostrado la ruta, y lo han hecho a costa de dejarse la sangre y la cordura en el envite.

Pero Ilia Galán no tiene miedo.

Ilia Galán sabe que es el rayo el que conecta las moradas de dioses y hombres, y la iluminación conlleva el peligro. La poesía es una senda de valientes.

Ilia Galán, nuevo Prometeo, ofrece a diario su carne al águila de la poesía. Vive poéticamente, como indicaba su admirado Schiller. Lo que tienes en tus manos, lector, es la bitácora de su singladura en busca de sí mismo. Una bitácora especial, en la que confluyen a la vez todas las edades del hombre y todas las posiciones del sol, en tumultuoso kaleidoscopio.

Esa bitácora tiene unas notas al margen que nos ayudan a entenderla mejor. Son las de la música de Josué Bonnín de Góngora, que van marcando y señalando los versos. Los martillos del piano son la delicada herramienta que pule las aristas de los versos de Ilia para engarzarlos en nuestros oídos.

En su *Libro de los seres imaginarios* Borges nos habla de los Lamed Wufniks, herederos de la figura bíblica de los justos, un puñado de hombres que justifican al mundo y lo salvan a diario de su aniquilación. Ilia Galán es uno de los conjurados que sustentan los secretos pilares del universo poético. El nombre de Ilia Galán está en el libro en el que la Poesía anota el número de sus justos.

Diego Valverde Villena

INTRODUCCIÓN Y DEDUCCIÓN

Cantan los poemas del sol y atraviesan las edades del hombre, traspasan los grandes relojes de arena que pasaron con las civilizaciones, resonando en las cavernas de la eternidad. Pero, ¿por qué comenzar con unas frases tan atrevidas esta introducción? Cantos o poemas fueron en otros siglos lo mismo, porque lo lírico se recitaba con la lira, e incluso también la épica durante unos dos mil años, desde Homero al *Mío Cid*, desde *La Chanson de Roland* al Ossian de Macpherson, fue cantada, entregada al pueblo como música, sonidos formados para agrandar o golpear el corazón de los oyentes. Esto podría explicar por qué en el título de este libro aparece en primer lugar la palabra: "Sonora", pero no es así. El autor de cuyas obras se extraen unas muestras para unir las y mostrarlas al público aquí no escribe con estrofas clásicas, con ritmos de sonetos o romances, silvas o coplas, ni tampoco atiende a otras estructuras más novedosas en nuestra cultura, tan de moda como el *haikú* japonés. Ni siquiera utiliza una forma estrófica nueva, porque usa, como es hoy habitual, el verso libre. Sin embargo, tampoco puede decirse por ello que no haya música entre sus letras, ya que la hay, por los ritmos de su lectura, como se verán en la recitación, apoyada por los latidos de un piano compuesto de mil teclas. Además, el autor juega con ciertas palabras que repite o muta, jugando con los números, como en la tradición cabalística y a la vez haciendo homenaje al patrimonio trinitario y a la dialéctica que por vez primera estudiara en Hegel. Así, su música es la de la tesis-antítesis y síntesis, haciendo homenaje al Seminario de Tubinga a donde fue como un peregrino para seguir las huellas de Schelling, Hegel y su querido Hölderlin. Los tres también bailaron, escapándose de las aulas en que estudiaban filosofía y teología, en torno al árbol de la libertad, recién plantado por sus manos, para celebrar la Revolución Francesa con cánticos juveniles y pasiones por un mundo mejor, también allí escribieron juntos ese *Primer Programa del Idealismo Alemán* que tanta influencia tuvo y que el erudito podrá rastrear, con otros aromas, en algunos de estos versos.

Pero probablemente el lector se asombre ante una antología de poesía que se nutre de sólo tres libros y de un autor al que todavía le quedan bastantes años para ser declarado anciano. Se ha convertido en una práctica común esperar a cierta edad para surgir con una muestra de varios libros, entre otros motivos porque el tiempo permite una selección mayor de textos. La explicación es sencilla: un

compositor rebelde, Josué Bonín de Góngora, se empapó de estos poemas, seleccionó los que más le habían apasionado y decidió crear una música para ellos, para que apoyase su recitado. Como eran muchos los escogidos, se pensó editarlos en un volumen junto al disco en el que se recoge la declamación sobre las notas, la armonía en la palabra misma. Al ser la selección poética que a Josué le inspiró procedente de diversos libros, aquí tenemos la respuesta de por qué se arroja al público, desbocada, la furia de estas palabras sonoras.

Una vez explicado por qué es sonora y además antología, aclararemos que se dicen cantos al sol por considerarlo símbolo del Uno, del Dios, como los pitagóricos creían, haciendo así homenaje a lo más alto, grande y sagrado que imaginarse pueda, como decía Anselmo de Canterbury, el santo filósofo que engendró el *Proslogium*.

¿Y por qué, además del sol, las edades? Pues porque junto al referente absoluto, junto al Todo, hacemos a través de esa mirada global homenaje también a las partes. Brindamos por lo eterno para así saborear también el tiempo, las edades del mundo que también son, de algún modo, las nuestras. A través de esas edades, del tiempo donde fluyen los poemas o la música de nuestras vidas, de nuestras letras, pretendemos saltar a la dimensión eterna, comprender y amar lo que excede nuestros límites, acceder desde la sinfonía de nuestros sentimientos al silencio pleno de un final que dé sentido también a nuestro principio.

Las lecciones que el poeta imparte en la universidad sobre el “Arte Total” son un sustrato intelectual, una filosofía, un fundamento que ampara parte del tronco y de las ramas que forman sus atrevimientos intuitivos y líricos o tal vez, más bien, épicos, ya que tal tarea es infinita. Para los que pueden entender qué significa una arquitectura capaz de engendrar el sentimiento de la infinitud, incluso su pasión, por medio de lo sublime, será más fácil captar la pretensión que tienen estos versos. En la Catedral de Burgos, como en tantas otras, uno halla de modo especialmente eminente la poderosa música de la piedra que se funde con vidrieras, liturgias, cantos, poesía de salmos, pinturas y esculturas, en una sinfonía o concierto de formas y expresiones del alma que durante siglos ha asombrado a los ciudadanos de esta capital y a los extranjeros que en ella han sido acogidos por medio de la belleza como en un hogar del universo. La música se engarza entre sus torres de filigrana pétreo, susurrada por los vientos o tañida por campanas con voz de siglos, de modo que la palabra apenas emitida toma aspecto de eternidades resonando bajo sus bóvedas. No otra cosa se pretende en estos versos. El lector tal vez se asombre de semejante audacia y considere presuntuoso, atrevido o muy ambicioso al poeta, pero basta que lo compruebe y juzgue si llega a alguno de sus destellos, sólo un brillo de lo primigenio bastaría para justificarle; un leve fulgor que recuerde lo que no puede olvidarse, aunque a menudo quede empolvado con las experiencias de la cotidiana vida que se anega en el gris de las fotografías desvaídas.

Así pues tenemos una antología de sol y edades que también cantan las loas de Góngora, antepasado en eminencia del compositor cuya música unida a la poesía

podrá escuchar quien esto lee si enciende la máquina del sonido e introduce el disco que le desvelará los secretos aquí contenidos.

La música, unida a la poesía, cuando se engarzan bien, como el cuchillo en un mango firme o el cortante diamante en el anillo de oro, logran atravesar el pecho del oyente para arrebatarse el corazón. Ese poderoso sonido del alma que desarma los senos para fecundarlos con leche y miel pretende evocar a los grandes poetas del origen del mundo, como los que resuenan en los salmos de David, cantados al arpa, los cánticos de Homero y tantos otros. Hoy, en vez de arpa o flautas, como era común en la Antigüedad, se utiliza la orquesta propia del piano, diez dedos que son un ejército de ejecutantes: estrangulando el silencio destilan la esencia o zumo de la música más excelsa.

¿Hemos hablado de que se trata de un extracto de poemas a partir de sólo tres libros? Sí. Al margen de que haya otros guardados en casa, con llave, esperando que maduren con las relecturas a través de los años, esperando el momento de salir al público, pueden comentarse muy brevemente los que ya vieron la luz.

El primero, *Tempestad, amanece*, editado en Madrid por Endymiión en 1991, ya marcaba las líneas esenciales del impulso y la tempestad que originaban. En ese libro se prometían otros dos, *Amanece*, que saldría más tarde, también en Madrid, en Calambur, el año de 2005, y *Tempestad*. Entre los dos, aparecería *Arderá el hielo*, en 2002 y en el mismo lugar, también con la editorial Calambur. *Tempestad* ya está escrito pero aguarda que el sol lo saque de su tumba en el tiempo de su resurrección pública.

Tempestad, amanece es un libro tremebundo que, como dijo un crítico, resulta atroz, convulso incluso en los pasajes más tiernos. El estilo es abrupto y rompedor, porque fue engendrado alimentado con el impulso de las vanguardias clásicas del siglo XX, influido por el futurismo en la versión rusa de Mayakovsky, por Nietzsche, Bloy y por los románticos europeos, así como por dadá y el surrealismo. Con cierto espíritu iconoclasta, el poeta, romántico de alma, cantaba los poemas a grandes voces, como un profeta esculpido por Gargallo o quien arrojara bombas pues pretendía disparar, lograr lo sublime, más que lo bello. Los recitales de poesía, con explosiones reales de pólvora y huida en masa de los oyentes por el terror de la puesta en escena atestiguaron en su época tales pretensiones.

El segundo libro aparecido en el tiempo fue *Arderá el hielo*, con un tono más matizado y apaciguado, pero también trágico, buscando en una gran densidad oscura la luz que al final surge, cálida esperanza. Aquí los años y el trabajo en los versos llevan a un texto en el que el poeta halla su voz, preñada de simbolismo y referencias, de sugerencias metafísicas o religiosas, pero expresadas con menos innovaciones lingüísticas; aparentemente más sencillo, en realidad es mucho más difícil. Aquí se busca, por medio del dolor del mundo, ahondando para llegar al impulso más profundo, paradójicamente, proyectarnos al tocar fondo a lo más alto, iluminados por el sol y mirando la totalidad, ya fuera del pozo o abismo en el que se había transcurrido tanto tiempo.

El tercer libro aparecido para el público tres años después fue *Amanece*, aunque fue escrito entre los dos volúmenes precedentes; por eso los comunica. Corregidos los poemas antiguos, creados otros nuevos, se logró una mayor sencillez expresiva y una nueva iluminación, más propia del amanecer. El poeta ya no era alguien rompedor pues descubrió que había demasiado roto. Dejaba de ser semejante al joven erudito que empieza a dar clases y pretende demostrar lo “mucho” que sabe y hasta lo que cree o imagina saber, no, sino que con este tono se acerca más a esa cierta madurez en que no importa demostrar nada, sino simplemente hacer entrega de lo que uno es, a través de la palabra. De modo espontáneo y también con un cierto afán por ello, surge una poesía más sencilla sintáctica y semánticamente, también henchida de símbolos pero permitiendo una lectura en varios niveles, incluso el más sencillo y que responde a las imágenes. Es posible rozar lo sublime sin por ello prescindir de la belleza.

El lector descubrirá que los poemas no siguen ese orden pues el compositor que creó para ellos la música comenzó de otro modo la lectura de esos libros y por ello hizo su propia historia sonora, que es la que se entrega aquí. De hecho, a veces, una misma melodía enlaza a varios poemas como si fuesen uno.

El compositor es también un creador más bien joven y muy osado, escandaloso por engendrar una música agradable para la mayoría, que gusta en vez de fastidiar y es de fácil asimilación. Asunto sorprendente que a muchos pareció indigno en el siglo XX pero que en el nuevo milenio parece poder aceptarse e incluso aplaudirse. El entusiasmo que le atrapó con la lectura de los poemas se transmite a la música y potencia la palabra.

Otro atrevimiento de Josué Bonín de Góngora es el imperdonable don de continuar la estela de Beethoven, Schuman, Chopin o Liszt más que la de la Escuela de Viena del siglo XX y sus chirriantes vanguardias. Música romántica en tiempos prosaicos, pero que son consecuencia del Romanticismo. Por ello se entiende tan bien esa sonoridad, perfectamente adaptada al alma de los poemas. Del mismo modo que Prokofiev o Stravinsky hicieron a su manera clasicismo, como Miguel Ángel, Canova o Thornwaldsen hicieron, al igual que Rachmaninov o Bécquer hicieron romanticismo cuando ya se había pasado la moda, o Respighi jugó con las fuentes de Roma, Joaquín Rodrigo con las de Aranjuez en un concierto del pasado y su tiempo presente. También el poeta respira, en modos propios y actuales, los afanes de Jorge Manrique, John Donne, Blake, Schiller, Goethe, Hölderlin, Novalis, Baudelaire o Rilke. El Renacimiento pobló de magníficas obras su presente volviendo a interpretar a su manera las grandes fuentes del pasado.

Sorprenderá tal vez al lector que alguien nacido en las tierras del Cid respire tanto en la tradición romántica y sobre todo la germánica, tan poco desarrollada en España, fecundada por el simbolismo, el surrealismo y las vanguardias del siglo XX, pero se debe a la formación que constituyó al poeta, a sus viajes y estudios, a los bosques en donde halló su patria en cualquier lugar sublime. Sin duda, se trata de una poesía que no pretende ser un mero entretenimiento o un juego de imágenes sino más bien revelaciones que se transmiten por medio de intuiciones simbólicas.

Para el recitado de los poemas que aparece con la música se ha alternado el poeta en persona y un profesional de mucha mejor voz que la que porta el autor; entre sus voces se enhebra la música conformando una feliz unidad. El mero hablar, observará el que lo escuche, se convierte en canto.

Aquí el músico se adaptó al poeta como un buen guante de piel a la mano, interpretándola en el piano, calculando cuándo y dónde debía entrar la voz. Se ha dejado el orden de la música para que así pueda leerse y a la vez escucharse cómo se recita. En algunas ocasiones, no el poeta, -dicen que Brahms al dirigir sus propias sinfonías a veces las malograba- sino el recitador profesional con su magnífica voz se toma alguna libertad, como la de no frenarse en los silencios del final de los versos, pero ello le da así un carácter personal que logra en lo esencial transmitir sus contenidos, sin embargo, con gran fuerza.

Se trata de treinta poemas los que resuenan en la música grabada, escondida en el disco, pero el poeta ha añadido uno para que sean 31 y finalice el silencio, la Trinidad y la Unidad, como un ave Phoenix que renace de sus cenizas y une muerte y vida, los contrarios. Así volamos por encima de las letras para ir, siempre, más allá de los poemas.

Ilia Galán